

ANALES

DE LA

# REAL ACADEMIA NACIONAL DE MEDICINA

---

AÑO 2005 - TOMO CXXII

CUADERNO PRIMERO

SOLEMNE SESIÓN

SESIONES CIENTÍFICAS

SESIONES NECROLÓGICAS



Edita: REAL ACADEMIA NACIONAL DE MEDICINA

Depósito Legal: M. 5.020.—1958  
I.S.S.N. 0034-0634

---

Fotocomposición e impresión: Taravilla. Mesón de Paños, 6 - 28013 Madrid

## SESIÓN NECROLÓGICA

### **EN MEMORIA DEL EXCMO. SR. D. DOMINGO ESPINÓS PÉREZ**

DÍA 1 DE FEBRERO DE 2005

PRESIDIDA POR EL EXCMO. SR.  
D. AMADOR SCHÜLLER PÉREZ

### **DISCURSO DE PRECEPTO**

Por el Excmo. Sr. D. MANUEL DÍAZ-RUBIO GARCÍA

Académico de Número

#### **INTERVENCIONES:**

- |                             |                            |
|-----------------------------|----------------------------|
| — Prof. Durán Sacristán     | — Prof. Segovia de Arana   |
| — Prof. Reol Tejada         | — Prof. Robledo Aguilar    |
| — Prof. Tormo Alfonso       | — Prof. Tamames Escobar    |
| — Prof. Moya Pueyo          | — Prof. Escueero Fernández |
| — Prof. Rey Calero          | — Prof. Lucas Tomás        |
| — Prof. Poch Broto          | — Prof. García-Conde       |
| — Prof. Sánchez García      | — Prof. Jiménez Collado    |
| — Prof. Rodríguez Rodríguez | — Prof. Sanz Esponera      |
| — Prof. Domínguez Carmona   | — Prof. Reinoso Suárez     |
| — Prof. Portugal Álvarez    |                            |

# **SESIÓN NECROLÓGICA EN MEMORIA DEL EXCMO. SR. D. DOMINGO ESPINÓS PÉREZ**

Por el Excmo. Sr. D. MANUEL DÍAZ-RUBIO GARCÍA

Académico de Número

Excmo. Sr. Presidente,  
Excmos. Sres. Académicos,  
Señoras y Señores

La Junta Directiva de la Real Academia Nacional de Medicina me ha encargado realizar el discurso de precepto en esta sesión necrológica en memoria del que fue Académico de Número y Vicepresidente de esta Corporación, el Excmo. Sr. D. Domingo Espinós Pérez, tarea que asumo como un honor pero con profunda tristeza. Realizar esta misión de obligado cumplimiento se torna en dolor cuando se trata de rememorar la insigne figura no sólo de un gran maestro de nuestra medicina, sino la de un magnífico compañero y entrañable amigo. Desde hace muchos años he tenido la fortuna de compartir con él no sólo inquietudes universitarias y científicas, sino también de índole personal, lo cual me llevó a conocer en profundidad a un hombre lleno de bondad y amor por cuanto quería y a lo que se entregaba sin ningún tipo de reservas.

Hombre de condiciones excepcionales, su vida no fue otra cosa que entrega a la universidad, al hospital, a sus pacientes, a sus discípulos, a sus amigos, a la Academia y de forma muy especial a su familia, lo máspreciado que tenía en su vida, como él mismo decía. Para construir todo lo que fue fundamental en su vida, usó como argamasa la bondad, no entendiendo los resultados que pudieran producirse, fuesen del signo que fuesen, si ella no estaba presente en todos sus actos.

Desde muy joven Domingo Espinós había decidido ser médico. La figura de su padre, Domingo Espinós Gisbert, sin duda había influido, y de forma importante, en su formación. Gran hombre, Profesor de Anatomía Patológica en la Facultad de Medicina de Valencia, Médico de Sanidad Nacional y Académico de Número de la Real Academia de Medicina de Valencia, Domingo Espinós Gisbert fue una referencia de primera magnitud no sólo en su formación, sino un ejemplo a seguir para cuanto quería ser y hacer a lo largo de su vida.

Con este ejemplo, Domingo Espinós acomete su carrera de Medicina. Había nacido en Alcoy (Alicante) el 25 de diciembre de 1932, un día especial para él y que siempre ligó a su compromiso vital. Tras estudiar Bachillerato en el Colegio Luis Vives de Alcoy y en el Colegio del Pilar en Valencia, comenzó la carrera de Medicina en 1949. A partir de ese momento su compromiso con lo que hace se torna tremendo, se vuelca en el estudio y la asistencia a la Facultad, siendo alumno interno por oposición en la Cátedra de Anatomía Patológica, y en las asignaturas clínicas, también como alumno interno, en el equipo de urgencias hospitalarias adscrito a la cátedra del profesor Miguel Carmena. Su pasión por la medicina y su capacidad de trabajo le llevó a terminar sus estudios en 1955 con 26 matrículas de honor y premio extraordinario de licenciatura, además de conseguir el prestigiado Premio de Anatomía Peregrín Casanova.

Acabada la carrera, se olvida de las vacaciones. Se va a Santander, a la Universidad Menéndez Pelayo, a un curso que dicta el Profesor Julián Sanz Ibáñez sobre Histopatología del sistema nervioso; se encandila con la Universidad y ya no se separa de ella. Hace el doctorado y diversas oposiciones, a Diplomado de Sanidad, Medicina e Higiene Industrial, Médicos Forenses, Médicos de Casas de Socorro, sacando todas ellas. Pero todo esto no le satisface y en 1956 se viene a Madrid, incorporándose a la Cátedra del Profesor Vicente Gilsanz buscando poder acometer su vocación universitaria. En ella se realiza con prontitud, encuentra un maestro que le guíe y el ambiente que buscaba tanto en el área asistencial como en el docente e investigador. Éste es un momento trascendente en su vida que va a marcar su futura trayectoria. Lo sabe y no desaprovecha la oportunidad.

Su vocación y trabajo es de tal envergadura que pronto recibe el apoyo de su maestro. Consigue por oposición una plaza de Mé-

dico Interno, y más tarde, de nuevo por oposición, la de Profesor Adjunto de Patología y Clínica Médica. Sin embargo, su deseo de saber más y formarse mejor le lleva a ampliar sus estudios fuera de España. En 1957, con una beca de la Diputación de Valencia, se traslada a Cardif para trabajar junto al Profesor Gouph en aspectos relacionados con el *Estudio funcional de las bronconeumopatías*, trabajando además en la técnica de *cortes finos de pulmón*. Ese mismo año, con una beca de la Fundación Setevenson, marchó a Edimburgo con los Profesores Stanley Davidson y Ronald Girwood, y a Glasgow con Stuart Douglas. En estas estancias trabajó inicialmente en el área cardiológica, concretamente poniendo a puto el estudio del volumen minuto con radioisótopos para poder profundizar en el mecanismo del shock en el infarto de miocardio. En ese tiempo comenzó además su formación en la investigación en el campo hematológico, concretamente sobre bioquímica de las plaquetas. En 1960, vuelve a Edimburgo con Girdwood con una beca de la Fundación Juan March, esta vez para trabajar sobre la valoración de la vitamina B-12 y del ácido fólico en sangre.

Estos estudios le forman en el camino de la investigación, y fruto de ellos son diversos trabajos que publica y la realización de su tesis doctoral, que lee en Madrid en 1963, titulada *La deficiencia de la vitamina B-12 y del ácido fólico en la clínica: su diagnóstico por dosificación*, que recibió el premio extraordinario. De nuevo en la cátedra del Profesor Gilsanz, profundizó en estos estudios y otros que había acometido su maestro sobre la biopsia renal. Sin embargo, su gran pasión era la hematología, pero siempre dentro de la medicina interna. La nota necrológica que realicé en *Diario Médico* estaba encabezada por el titular: «Alma de internista, hematólogo de referencia». Creo con ello expresar en este momento cuánto fue su vida docente, asistencial e investigadora y que brilló con gran intensidad a lo largo de su vida. Amparado por su maestro, montó en la Cátedra un moderno laboratorio clínico y de investigación hematológica que fue una referencia nacional en su momento y el embrión de lo que sería el Servicio de Hematología que creó y que hoy sigue vivo gracias a él. Esos años de Profesor Adjunto, volcado en su labor en la Cátedra y el Laboratorio, fueron vitales para él. Se fraguó en él un importante prestigio que completó con estancias en París con Jean Bernard y George Mathe y en Londres con V. Dacie, los hematólogos sin duda más importantes del mundo en ese momento y que más trascendencia tuvieron en la moderna hematología.

Su labor era imparable, todo el mundo le admiraba y le respetaba. Era, sin duda, el mejor futuro de una medicina interna que el desarrollo de las especialidades Médicas cuestionaba, una medicina interna representada por una generación que había introducido la medicina científica en este país y que estaba cerca de la jubilación. Otros grandes médicos de nuestra especialidad habían irrumpido ya con tremenda fuerza, alguno de los cuales, como el Profesor Amador Schüller, nuestro Presidente en la Real Academia, sigue estando con nosotros, demostrando con su obra la realidad de dicho relevo generacional.

Un año clave en la vida de Domingo Espinós fue 1971, año en que obtuvo por oposición la Cátedra de Patología General de la Universidad de Santiago de Compostela. Ese momento marca de forma brutal su vida y su compromiso vital. Su vida ya no tiene marcha atrás. La Universidad lo es todo y su obligación con ella adquiere una fortaleza tremenda. Ese mismo año pasó a ser, por traslado, Catedrático de Patología y Clínica Médicas de la misma Facultad, y comenzó a construir desde las pocas piedras que existían en una de esas Cátedras españolas antaño abandonadas o no queridas por sus predecesores. Organizó la Cátedra dotándola de una estructura moderna y una vez más creó un Servicio de Hematología, su otra gran pasión, como hemos dicho, además de una unidad de endoscopias y otras de enfermedades respiratorias. Sin embargo, ese estimulante, ilusionante y feliz período de su vida dura muy poco. De nuevo la Universidad le tienta y le tienta nada menos que con una Cátedra en Madrid. Lo piensa, pero se decide rápidamente. Tiene que venir a Madrid y poner en marcha aquí todo cuanto lleva dentro. En Santiago piensa que no podrá acometer muchos otros proyectos al ser una Facultad pequeña y Madrid tiene unas posibilidades para ello mucho mayor. No se trata de ambición, sino de un noble deseo de trabajar, de construir para la Universidad. Quienes le conocimos de cerca sabemos bien de ello.

En 1975 ya está en Madrid. Tras magnífica y reñida oposición, consigue la Cátedra de Patología y Clínica Médicas. Oposiciones como aquélla son las que crean pasión y vocación por la Universidad, aunque en el caso de medicina, al menos en las asignaturas clínicas, han pasado desgraciadamente a la historia. Hoy las plazas de Catedráticos y Jefes de Servicio de los Hospitales de carácter universitario, se cubren por otros criterios en base a objetivos asistenciales, lo cual acabará pasando una enorme factura a la Universidad que la socie-

dad no podrá pagar. Llega Espinós a Madrid con enormes ganas de trabajar, lleno de ilusión y despertando expectación y esperanza de cambio en su nuevo destino. Cuanto había visto a sus maestros en España y fuera de ella lo quiere plasmar. Pero lo quiere hacer de la forma que él había concebido en base a su consideración de universitario profundo e imbuido de las corrientes reformistas que estaban teniendo lugar en los países europeos más avanzados. Y lo hace llegando a una Cátedra con una historia que hubiera echado para atrás a cualquiera. Llega a la cátedra que había regentado don Carlos Jiménez Díaz, figura irrepetible y uno de los introductores del método científico en la medicina clínica en nuestro país, cátedra que se encontraba llena de sus discípulos. Lejos de plantear una ruptura con lo anterior, asume su legado y se pone a trabajar. Construye. Con paciencia y profunda sabiduría junta a los discípulos de Jiménez Díaz y los va asemejando a su propia forma de pensar a la vez que va incorporando a nuevos médicos de nuevas promociones. En pocos años logra un Servicio de Medicina Interna homogéneo, bien avenido y con enormes ganas de trabajar. De alguna forma había conseguido lo que parecía imposible. Una transición impecable, respetando las raíces y llenando de nuevos brotes el árbol de la ciencia.

Médico excepcional, con un gran sentido clínico, profundamente meticuloso en la anamnesis y en la exploración, destacó por sus aciertos diagnósticos y terapéuticos y por su entrega absoluta a sus pacientes. En esos momentos fundamentales de su vida, volcado en la asistencia, docencia e investigación, comienza a trabajar en dos planteamientos básicos. Defensa de la Medicina Interna y desarrollo de las especialidades médicas. Su experiencia y trabajo previo le avalan y pronto monta el Servicio de Hematología, cuya responsabilidad compartiría con el Servicio de Medicina Interna. Pero, además, diseñaría lo que sería el futuro de su Cátedra y hoy es la realidad en el Hospital Clínico de San Carlos. Además de la Hematología, dio un impulso tremendo para crear la Unidad de Patología Ósea y la de Patología Respiratoria, hoy con rango de Servicio. Para su satisfacción, estos Servicios o Unidades están hoy regidos por algunos de sus discípulos, como son Ana Villegas en Hematología, Carlos Lozano Tonkin en Osteopatías y José Luis Álvarez Sala en Neumología, todos ellos, además, Catedráticos de la Universidad Complutense.

Esta entrega a sus objetivos, siempre marcada por la búsqueda del equilibrio entre la docencia, asistencia e investigación, sufrió un serio revés cuando en 1987 la Dirección-Gerencia del Hospital le plan-

tea la renuncia o bien a la Jefatura de Medicina Interna o a la Jefatura de Hematología. Este momento, que viví en primera persona por motivos similares, le creó una gran conturbación. ¿Cómo renunciar a su obra? ¿Cómo renunciar a aquello que con tanto esfuerzo e ilusión había puesto en cosneguirlo y que era un hito en nuestro Hospital Clínico de San Carlos? ¿Cómo le podían pedir tan tremendo sacrificio? Cuando le comunican que se acaba el tiempo, que debe elegir, no entiende. No le es posible entender, como universitario profundo, que decisiones burocráticas tomadas por personas ajenas a cualquier construcción intelectual ligada a la vocación universitaria, le obliguen a dejar parte de lo construido por él. Esta expropiación intelectual y estructural de su obra le afectó profundamente, aunque una vez más se mostró con ese espíritu que sólo un auténtico universitario puede tener. Supo renunciar para, a partir de la renuncia, construir de nuevo. Todo ello sabía que era así, y así debía ser, porque había tenido experiencias previas basadas en la responsabilidad y en el sacrificio personal.

## SU COMPROMISO CON LA UNIVERSIDAD

El compromiso de Domingo Espinós con las Instituciones que se involucraba alcanzaba niveles abrumadores. Él era así para todo. Tanto en lo vocacional, profesional, personal, familiar o de amistad, un compromiso suyo le llevaba hasta la extenuación para dar satisfacción a aquello a lo que se entregaba. Él, como emisor, y para muchos que se acercaban circunstancial e interesadamente a él, conseguidor, se sentía satisfecho con ver a los demás disfrutar y ser felices. Su compromiso con la Universidad yo diría que fue brutal, basado en dar más de lo que se le exigía. Siempre se encontraba en deuda, siendo su entrega a la Universidad absoluta, y, aunque recibió sus recompensas, nunca estuvieron éstas relacionadas con cuanto dio.

Una etapa de su vida más relacionada con la entrega que con la recompensa fue su paso por la Dirección Médica del Hospital Clínico San Carlos. Nombrado Catedrático-Director en 1976, sustituyendo al Profesor Francisco Orts Llorca, asumió su responsabilidad en un momento de gran dificultad y de inestabilidad política. Sin embargo, su buen hacer estuvo siempre presente, logrando cambios sustanciales no sólo para la continuidad del Hospital, sino para su

modernización. Consiguió un nuevo presupuesto doblando las partidas anteriores, duplicó el número de enfermeras, incrementó el número de auxiliares de clínica, puso en marcha nuevos servicios como las Urgencias con su Laboratorio, el Servicio de Hematología y Hemoterapia, o los Quirófanos de Cirugía Cardíaca u Oftalmología. Además de ello, incorporó al Hospital la más moderna tecnología disponible en ese momento, como fue el caso de la tomografía axial computerizada.

Esos años en la dirección del Hospital Clínico hasta 1980 fueron intensos y de absoluta entrega, repercutiendo, como él mismo decía, en su dedicación a otras áreas como la investigación, aunque ese período fue tan rico en su vida que siempre consideró que había sido una suerte disfrutar de tal oportunidad y ofrecer a la Universidad, por la que tanto luchaba, una transición nueva en el Hospital.

Fuera de este ambiente, otra transición se desarrollaba en España. La muerte del General Franco dio paso a un nuevo sistema político y a unos cambios que pronto tuvieron una honda repercusión en todos los ámbitos y, como no podía ser de otra forma, en el terreno universitario y en medicina. Pronto esa paz que había coseguido en su Cátedra y en su paso por la Dirección del Hospital se tornó en una guerra sorda que manaba ante todo de lo que estaba aconteciendo en la sociedad española. El cambio, como hecho estructural de la vida española se adueñó de la Universidad y de la vida hospitalaria, saliendo por doquier universitarios de toda la vida que nunca habían sido vistos por la Universidad. El asalto a ella conllevaba el tratar de desprestigiar a los que con su vocación, trabajo y dedicación a la Universidad habían hecho de su vida un objetivo. Estos años siguientes fueron duros para Domingo Espinós y el auténtico mundo de la Universidad. No se podía dar más. Él lo había hecho y salió dolido de tal empresa como otros muchos universitarios profundos y enteros. En el fondo su error no fue otro que pensar en que la recompensa existía y en el reconocimiento a su labor generosa. Años más tarde me confesaba que no se arrepentía de cuanto había entregado y que en cuanto a la recompensa era suficiente con su satisfacción por el deber cumplido y con su propia autoestima.

Sin embargo, su gran pasión continuaba, que no era otra que su entrega a la Universidad. Se volcó en su cátedra y en la docencia, una de sus grandes pasiones a lo largo de su vida. El contacto di-

recto con sus alumnos le llenaba de forma especial tratando de conocer a todos ellos y de estar cerca de sus vivencias. Para él las clases, las cuales preparaba con una enorme ilusión, lo eran todo, quizás una de las pocas cosas que le había dejado a los catedráticos, aunque cada vez éstas son incluso menos en base al reduccionismo doctrinal y al reparto de las clases entre todo tipo de profesores. Hoy, con estos planteamientos, es cada vez más difícil que los alumnos conozcan a sus mejores profesores, quizás porque lo que hoy predomina es la idea, incentivada por los mediocres, del «todos somos iguales» en un afán de oscurecer a los más brillantes. Domingo Espinós vivió y disfrutó de la Universidad en toda su profundidad. Fue Director del Departamento de Medicina durante muchos años, miembro activo de la Junta de Facultad y del Claustro de la Universidad. A todas estas responsabilidades se entregó con toda su alma y en todos los ambientes fue reconocido como un generoso y entregado universitario. Luchó denodadamente por mejorar la enseñanza práctica durante la licenciatura llamando la atención continuamente sobre la necesidad de que todos los médicos del Hospital Clínico de San Carlos fueran cuanto menos profesores asociados, de la misma forma que con su peso conciliador defendió la incorporación de los especialistas a la docencia, aunque siempre bajo el elemento común para todos, que era la medicina interna.

## SU OBRA ESCRITA

Si un hombre pasa a la historia, entre otras cosas, por su obra escrita, Domingo Espinós fue un hombre que entró en la Historia de la Medicina hace ya muchos años. El número de sus publicaciones científicas fue realmente importante, con una cifra que supera las 400. Pero no es sólo el número, sino la calidad de sus publicaciones, caracterizadas por sus aportaciones originales y nuevas concepciones.

Domingo Espinós ha llenado la bibliografía médica de los últimos cuarenta años con sus publicaciones. Es difícil destacar las más importantes, aunque intentaremos sintetizar en breves minutos sus líneas de trabajo más importantes. Dentro de la línea docente destaca la obra *Tratado de Medicina Interna* que tuvo la suerte de publicar con él. Fue, sin duda, un lujo y un honor compartir con él la cabecera en ese Tratado. Su trabajo y aportación fue de gran mag-

nitud rebosando en su planificación un profundo sentido de la Medicina Interna y su equilibrio con el imparable desarrollo de las Especialidades Médicas. Su capacidad de atinar con los autores más adecuados para la redacción de los capítulos fue sin duda una de sus principales aportaciones, hecho el cual es trascendental en una obra multiautor. Su maestría en el diseño del libro, la propuesta y revisión de capítulos y su generosidad científica me hicieron sentir feliz durante su redacción. Compartir con él tantos ratos de trabajos fue un privilegio del que puedo presumir, del que me siento feliz y que nunca olvidaré. Acometimos, igualmente, la publicación de las *Clínicas Médicas de España*, serie de gran aceptación tanto en España como en los países de nuestra lengua, que ha completado ya un total de ocho números, uno de ellos dirigido por él mismo y titulado *Inflamación y Enfermedad*, una monografía de referencia para los que quieran saber más y mejor sobre dicho tema.

A su lado otras monografías y sus publicaciones de carácter más docente, con gran cantidad de revisiones de conjunto, artículos de divulgación y otros escritos, sus aportaciones originales fueron de gran entidad, resultado difícil destacar entre tanto lo mejor. No obstante, sobresalen en su obra científica tres líneas fundamentales, como son las investigaciones en el campo de la hematología, las enfermedades respiratorias y las enfermedades del hueso. En hematología resaltan sus estudios referentes a la regulación de la masa eritrocítica y el transporte de oxígeno. Puso en marcha por primera vez en España, junto a Joaquín Díaz Mediavilla, la valoración de eritropoyetina utilizando la técnica biológica *in vivo* con ratones convertidos en poliglobúlicos mediante una atmósfera pobre en oxígeno, sucediéndose a partir de ahí diversos e importantes estudios, con Serrano y Sicilia Enríquez de Salamanca, sobre el valor de la eritropoyetina en las poliglobulias. Importantes fueron también los referidos a la eritropoyetina en los enfermos renales, demostrando que la actividad eritropoyética del plasma de estos enfermos es superior en los pacientes sometidos a diálisis peritoneal que a hemodiálisis. Estudió también la concentración del metabolito 2,3-difosfoglicerato en diversos procesos y demostró que en la insuficiencia renal la adaptación de la desviación de la curva de oxihemoglobina no es adecuada y los niveles de 2,3-difosfoglicerato no se elevan como debía tener lugar. Estos estudios, publicados en revistas internacionales de gran impacto, supusieron una novedosa e importante aportación.

En cuanto a las hemoglobinopatías realizó un gran estudio, con Ana Villegas, sobre la talasemia, tanto alfa como beta, en la población española, demostrando que la alta-talasemia es la hemoglobinopatía más frecuente que existe en España. Otras aportaciones dignas de mención fueron las relativas a la coagulación intravascular diseminada junto a Amalia Escrivá, o la serie de estudios experimentales realizados con Elpidio Calvo demostrando que la coagulación interviene en la patogenia de la nefropatía por diversos tóxicos como el cisplatino o el cloruro de mercurio.

La segunda línea a la cual ha dedicado buena parte de su vida fue a las enfermedades respiratorias. Su interés en esta área, fraguado en 1957 en Cardif junto al profesor Gouph, se consolidó con su discípulo Álvarez Sala. Sus trabajos sobre el 2,3-difosfoglicerato le introdujeron de nuevo en los estudios fisiopatológicos respiratorios, profundizando en la respuesta del organismo a la hipoxia en el caso de la insuficiencia respiratoria y tabaquismo. Dentro de esta línea respiratoria destacan además sus publicaciones sobre la apnea obstructiva del sueño, adelantándose varios años a las realizadas por los grupos internacionales más potentes en este campo. Importantes fueron también sus trabajos sobre el lavado broncoalveolar, demostrando el alto valor que dicha técnica tiene en el mejor conocimiento de la patología pulmonar alveo-intersticial.

En la línea de las osteopatías resalta su estudio con Horacio Rico, el primero en España, sobre la masa ósea de nuestra población según la edad y sexo. De gran importancia es también su aportación al tratamiento de la osteoporosis con calcitonina, señalando la necesidad de la ingesta de calcio a las cuatro horas tras la toma de calcitonina, debido a la producción de un bache hipocalcémico.

Un aspecto sobre la que estaba especialmente interesado en los últimos tiempos era sobre el papel de la inflamación en diversas enfermedades, aspectos sobre los cuales le hemos oído hablar en muchas ocasiones en esta Real Academia. Esta línea que desarrollaba con Elpidio Calvo estamos seguros que no se extinguirá, ya que está en buenas manos para mantener vivo el espíritu de Domingo Espinós.

Todo este conjunto de líneas de investigación y otras muy diversas fueron motivo de la creación de diversos grupos de trabajo de los que salieron además multitud de tesis doctorales, 53 exactamente, que fueron dirigidas por el profesor Espinós.

## SU ESCUELA

Destaca en Domingo Espinós su capacidad para crear escuela, de ser maestro. La creación de escuela, antaño relativamente fácil desde la cátedra, se hace cada día más difícil ante los cambios sociales y universitarios que se han producido en el último cuarto de siglo. La incorporación, acabada la carrera, a una Cátedra era algo que marcaba tiempo atrás al que lo conseguía. Se seguía dicha entrada de una entrega absoluta al trabajo a cambio simplemente de aprender. La relación respetuosa, de admiración y reconocimiento hacia la figura del maestro era algo que formaba parte de la vida misma. A veces dicha relación rayaba en un condenable paternalismo, aunque aquellos que así se mostraban poco tenían que ver con la figura del maestro. El maestro no sólo irradia ciencia y conocimientos, sino un saber ser y estar que no está al alcance de cualquiera. Hoy las cosas han cambiado porque nadie quiere ser discípulo y para ello la mejor de las estrategias es decir que ya no existen maestros. Craso error, pues donde hay alguien que quiera aprender siempre habrá alguien que quiera enseñar. Hay que aprender a ser discípulo para ser maestro y Domingo Espinós fue un gran maestro porque fue un magnífico discípulo. Repito con frecuencia que maestro es aquel que es capaz de transmitir algo más que simplemente conocimientos. Es aquel capaz de transmitir un hacer y pensar impregnando de un estilo peculiar a un conjunto de personas. Éstas, con él, componen ese binomio indisoluble que es maestro-discípulo o discípulo-maestro. Esa capacidad de ser maestro y discípulo sólo la tiene un maestro. Esa capacidad de ser discípulo y maestro sólo la tiene un discípulo. La acertada frase de don Pedro Laín, *Mal maestro, el que llegada una situación en su vida no sabe ser discípulo de su discípulo. Mal discípulo, el que llegada una situación en su vida no sabe ser maestro de su maestro*, debería ser recordada de continuo por todos aquellos que profesamos nuestra admiración por los maestros y aceptamos ser sus discípulos como compromiso vital.

En estas coordenadas estaba Domingo Espinós y recogió sus frutos. Sería interminable señalar en este momento todos los que fueron sus discípulos cuyos nombres llevaba marcado siempre en su corazón. Entre los que alcanzaron la Cátedra están José Luis Álvarez-Sala Walter; Carlos Lozano Tonkin, Ana Villegas Martínez, Horacio Rico Lenza y Jesús Millán Núñez-Cortes, a los que se suman los profesores titulares Elpidio Calvo Manuel, Joaquín Díaz Media-

villa, así como Zúñiga y Torre Carballada, que quedaron en Santiago de Compostela. La lista de sus discípulos se complementa, junto a otros ya nombrados en este discurso, con Amalia Escribá y Francisco Javier Aboín, entre un largo etcétera.

El reconocimiento a su vasta labor le llegó pronto y de todas partes y no sólo en forma de distinciones, sino con la asunción de nuevas responsabilidades. *Fellow* del Real Colegio de Médicos de Edimburgo (1978), Caballero de la Real Orden de Santa María del Puig (1983) alcanzó las que fueron para él las máxima distinciones al ingresar como Académico de Número de las Reales Academias de Medicina (1986) y Farmacia (1985). Fue Miembro del Consejo Editorial de la edición española del *Tratado de Medicina Práctica*, Coordinador General de la revista *Pathos*, Presidente del Comité Editorial de la *Revista Iberoamericana de Investigación Clínica*, Miembro de la Comisión Nacional de Investigación, de la Comisión Nacional de Hematología y Hemoterapia, Director del Departamento de Medicina de la Universidad Complutense, Vicedecano de Ordenación Académica, Director del Hospital Clínico, Presidente del Grupo Cooperativo Español para el Tratamiento de las Hemoblastosis, Vicepresidente de la Asociación Española de Hematología y Hemoterapia, Presidente del Comité Técnico Nacional de la Asociación Española contra el Cáncer, Vicepresidente de la Real Academia Nacional de Medicina y miembro de la Mesa del Instituto de España.

## SU ENTREGA A LA ACADEMIA

Domingo Espinós ingresó en esta Real Academia el 21 de enero de 1986 con el discurso *El transporte de oxígeno por la hemoglobina y su patología*, un trabajo de gran calado por sus aportaciones y dificultades técnicas, como reconocería su maestro el Profesor Gilsanz. Pocos meses antes, en octubre de 1985, lo había hecho igualmente en la Real Academia de Farmacia. Realmente, Domingo Espinós siempre gozó del reconocimiento de las Instituciones en las que él creía sobremanera. Para él, éstas no eran sino la garantía de continuidad delo bueno que se había construido en el último siglo en nuestra sociedad, a la vez que convenía frecuentemente en la necesidad imperiosa de un cambio necesario para el mantenimiento del prestigio de ellas.

Las Academias, que gozaron a finales del siglo XIX y principios del XX de un enorme prestigio como foro de discusión y difusión de la ciencia, han pasado por años posteriores de dificultades debido al desarrollo imparable de otras formas de llegar al médico, al científico y a la sociedad. Esta realidad, cuyo análisis y posibles soluciones no es el momento pertinente ni tan siquiera de esbozar, flotaba sin duda en la mente de Domingo Espinós. Entregado en los últimos años a la vida de nuestra Academia, era sin duda para todos nosotros uno de sus más emblemáticos académicos. Científico amable, siempre tenía una palabra de estímulo, gratitud y generosidad para cuantos subíamos a este estrado a hacer nuestras presentaciones, atinando siempre en sus observaciones. Su experiencia en la Academia y en el Instituto de España, de cuya Mesa formaba parte, le llevó a analizar en profundidad el papel de las Academias en la sociedad actual, trabajando reflexiva y prudentemente en la necesidad del cambio. Su paso por la Junta Directiva de la Academia fue largo y tremendamente fructífero, cumpliendo exquisitamente sus cometidos y aportando trabajo, experiencia, ideas y un deseo de hacer e involucrarse en la vida académica digno de todo encomio. Elegido hace apenas un año y medio Vicepresidente de nuestra Academia, demostró en ese poco tiempo cuanto llevaba dentro, y estamos convencidos de que se hubiera dedicado a ella no sólo con la ilusión que mantenía de la misma forma que cuando estudiaba la carrera, sino con una absoluta entrega producto de su gran madurez, sentido de la responsabilidad y vocación académica.

## DOMINGO ESPINÓS COMO HOMBRE

No quisiera acabar sin resaltar el valor de Domingo Espinós como hombre. Si como médico, científico, universitario y académico fue un personaje de calado extraordinario, todo queda empequeñecido cuando uno trata de acercarse a su figura humana. De gran inteligencia y cordialidad, no exento de cierta ingenua timidez, rebosaba una educación y simpatía que le hacían irresistible. Hombre de convicciones profundas, basó su vida en su compromiso con ella misma, teniendo siempre presente los más altos valores en los que fue educado y en los que profundizó para ser mejor con sus semejantes y consigo mismo. De una bondad extraordinaria, buscaba el bien de los demás por encima de sus propios intereses, mos-

trándose dispuesto a ayudar a otros con una entrega en nada habitual. Este rasgo fundamental de su personalidad, la bondad, marcó su vida personal y profesional dándose a los demás con independencia de cuanto recibiera. Si algo recibía, le parecía que no era merecedor de ello, poniendo de relieve otro rasgo circunstancial de su personalidad, como era la humildad. Esa mezcla de bondad y humildad le convirtieron en un ser excepcional para sus semejantes, para sus amigos, a los que profesaba una lealtad inquebrantable y especialmente a su familia, a la que ofrecía además un amor y entrega realmente ejemplar. Estar cerca de Domingo Espinós y recibir el calor de su amistad fue un privilegio del cual disfruté y que nunca podrá ser borrado de mi corazón.

Termino manifestando, en nombre de la Real Academia y en el mío propio, el más hondo pesar por la desaparición de tan ilustre Académico. La Academia se siente importante por haberle tenido en ella y nosotros nos sentimos importantes por haber disfrutado de sus enseñanzas y amistad. En nombre de esta Real Academia y en el mío propio quiero expresar mis sentimientos más profundos de pesar a su mujer, Mary Tere, a sus hijos Domingo, María, Teresa, Miguel, Juan y Jaime, a toda su familia, así como a sus compañeros, discípulos y amigos. Hoy todos ellos son nuestra familia y con ellos y la Academia compartimos nuestro pesar.

Excmo. Sr. Presidente, Excmos. Sres. Académicos, señoras y señores, como en otra ocasión, termino haciendo una súplica a cuantos hoy nos reunimos en esta sesión necrológica. La cortesía académica y la buena educación les llevaría a todos ustedes a aplaudir esta intervención, pero quisiera pedirles en vez del aplauso el silencio, silencio que cada uno llenaremos con los recuerdos y sentimientos que en todos nosotros despertó la figura del Excmo. Sr. Domingo Espinós Pérez.

He dicho.

## **INTERVENCIONES**

### **Prof. Durán Sacristán**

Deseo participar durante dos minutos en esta sesión dedicada al Prof. Espinós, empezando por felicitar al Prof. Díaz-Rubio por la excelente conferencia que ha dado en torno a la personalidad del

Prof. Domingo Espinós y el sentimiento que ha puesto en ella, que se ha visto sincero y profundo.

Conocí al Prof. Espinós haciendo unas oposiciones a cátedras médicas, que es una forma mu peculiar de conocerle y muy exótica. Yo presidía esas cátedras y en aquellos tiempos la ley sólo permitía presidir a los que habíamos sido Rectores de Universidad, y, aunque yo era cirujano, tuve acceso a esas oposiciones y a otras muchas de diferentes materias.

Fue un privilegio poder asistir a unas oposiciones en las que los otros opositores fueron también muy buenos, pero Domingo Espinós se presentó con una locuacidad, con una capacidad de conocimientos, con un nivel de aspectos conocidos y vividos en la Patología Médica y en la Medicina General, que fueron unas oposiciones abrumadoras. Las recuerdo porque era increíble el contenido en unas cosas y la capacidad de comunicación que tenía este hombre, incluso el acento en la palabra contribuía a que sus lecciones fueran amenas y fueran asimiladas perfectamente. No sé exactamente cuántos conocimientos tuvimos todos ocasión de ver, pero la verdad es que fueron unas oposiciones vanguardistas y excelentes y quedó en todos un recuerdo enorme. Recuerdo también que el lote de Catedráticos que optaba a la plaza estaba absolutamente sorprendido, los resultados de las oposiciones fueron consecuentes con el comienzo de las actividades.

Después también gocé mucho con la presencia de Domingo Espinós porque el Decano de nuestra Facultad nos dedicó a él y a mí la misma tira de alumnos o el mismo lote de alumnos que tenían una preparación a lo largo del curso; compartimos, por tanto, las tareas de la enseñanza y eso lo pudimos hacer desde una cercanía mutua absoluta, total, sincera, ética y hasta divertida, y así cursé todo el año con él y tiempos sucesivos. Le hicieron Director del Hospital Clínico y eso me condujo a tener con él relaciones frecuentes en tiempos muy movidos y en los que se estaban tratando temas referentes a la reestructuración de las cátedras, donde los catedráticos éramos desalojados de allí y la reestructuración en otras actividades, en los laboratorios y en otras dependencias del Hospital Clínico. Él supo, como director, atemperar las cosas y estuvo siempre en su puesto protegiendo a los médicos, a los sanitarios y a los propios alumnos. Fue un gran Director del Hospital Clínico y todos los que vivimos esa época estuvimos gozando con él del equilibrio, que es fundamental en las instituciones del Estado.

Después, Domingo Espinós como médico de sala, como médico del hospital cumplió con su deber de una manera exagerada, escandalosa; todo el mundo estaba encantado con él porque iba y venía por las salas, presentaba enfermos a otras dependencias, les presentaba con criterios y diagnósticos e iniciaciones terapéuticas acertadas y daba juego prácticamente al resto del hospital con elegancia absoluta y total. También en esa ocasión tuvimos muchos contactos con él para acrecentar nuestras ideas propias alrededor de la categoría humana e intelectual que él tenía.

Si eran escandalosas las otras cosas, todavía era mayor la dedicación que brindaba a sus pacientes; les veía a todas horas, se le veía ir por la mañana, por la tarde, por la noche y lo mismo a los enfermos hospitalarios o de otras dependencias; yo en alguna ocasión pude estar con él dándome cuenta de la responsabilidad que tenía y que ejercía en todas sus actividades era absolutamente ejemplar, independientemente de las actividades que los enfermos le imponían, él se extendía más y hacía reuniones extraordinarias para valorar un caso a unas horas intempestivas. Después vino a la Real Academia Nacional de Medicina, y allí fue, donde todos los sitios que ha estado siempre un maestro permanentemente, hablaba y explicaba todo, tenía un celo en las sesiones clínicas, en las cuales intervenía en los debates prácticamente de una forma asidua y presentaba siempre sus opiniones bien maduradas, bien elaboradas y sobre todo bien expuestas, de modo que era un lujo contar con él en las sesiones clínicas que se daban en la Real Academia Nacional de Medicina. En ella fue representante de nuestro grupo en la mesa del Instituto de España, al que aportó muchas cosas y del que trajo ideas importantes que hemos visto reflejados en los anales del Instituto de España.

Después representó a la Academia en todos los casos con criterios propios de la Junta Directiva y en algunas ocasiones con criterios libres que estaban bien madurados y no pretendía plantear ningún tipo de problemas a la comunidad. Fue elegido Vicepresidente de esta Real Corporación por los compañeros que están hoy aquí, y cuando estaba en pleno albedrío de trabajo y de gloria se murió, como siempre pasan estas cosas; pero se murió con las botas puestas y con un crucifijo en el corazón, que es como había vivido siempre. Sus hijos y su mujer, M.<sup>a</sup> Teresa, tienen que estar muy satisfechos porque han sido peones de él, han secundado sus actividades de una manera religiosa, muy firme, y yo pienso que la familia en

sí misma ha sido muy exagerada en lo que es exigencias de comportamiento por parte de todos los hijos, que eran ejemplares.

El perfil humano de Domingo Espinos, yo me atrevería a decir que es hombre que se ha pasado la vida tratando de mantener perfectamente el código ético de un profesor, maestro y médico, que los ha llevado en su corazón toda la vida trabajando por ello. Pero hay más, aparte de esto ha iluminado todo el código ético y los rincones del hospital de moral.

Le manifiesto a sus familiares mis condolencias.

### **Prof. Reol Tejada**

Excmo. Sr. Presidente del Instituto de España, de la Real Academia de Nacional de Medicina, Presidente de Honor y Secretario General de esta Academia, Excmas. Sras. Académicas, Señores Académicos, Señoras y Señores.

Cuando se trató la necrológica del Prof. Espinós en la mesa del Instituto de España, representaba a la Real Academia Nacional de Farmacia la Dra. María Cascales, que hoy no ha podido estar presente por una operación oftálmica, pero con el interés de que se leyeran aquí unos breves recuerdos de su relación con el Prof. Espinós, que paso a leer directamente.

La última vez que estuve con el Prof. Espinós y con M<sup>a</sup>. Teresa fue el día anterior a su accidente en febrero de 2004, en una agradable cena en la que teníamos que celebrar su magnífico homenaje en el Casino. Siempre tuve por el Prof. Espinós una gran admiración y afecto, y eran diversas las cosas que nos hacían ser buenísimos amigos, su interés por la ciencia y su atractiva personalidad humana llena de bondad, optimismo y generosidad. Cuando ingresó en la Real Academia Nacional de Farmacia en 1985 el tema de su discurso me causó un gran impacto, se titulaba «Importancia del conocimiento de la carcionogénesis química en la prevención del cáncer. Iniciación y progresión», temas todos ellos que en aquellos momentos significaban conceptos verdaderamente novedosos. Posteriormente pude constatar que el Prof. Espinós también se interesaba por el transporte de oxígeno por la hemoglobina, como ha recordado el Prof. Díaz-Rubio, puesto que éste fue el tema de su discurso de ingreso en esta Real Academia Nacional de Medicina.

Más recientemente, comentando su interés por los procesos in-

flamatorios observé que también la situación del estresosiroactivo originado por el estallido respiratorio de los fagotitos era algo por lo que sentía un profundísimo interés. Sui rigurosa formación científica y profesional fue paralela también a su comprensiva humanidad que atendió y alivió a tantos pacientes que hoy le recuerdan y le añoran. También quiero citar mi relación con él en cuanto a nuestra mutua colaboración en la actividad de la mesa del Instituto de España, juntos con el Prof. García Barreno hemos coordinado y editado varias monografías de las que me siento profundamente orgullosa por la categoría de mis compañeros como coordinadores de las mismas, Profesores Espinós y García Barreno.

Así surgió, cáncer, bioquímica y fisiopatología de la nutrición y este año se produjo, aunque él ya no pudo participar, otro curso sobre el sistema inmune que culminó también justo en uno de los días que están relacionados con la familia de Espinós, puesto que era Santa Teresa, el 15 de octubre. Llegado el momento de la enfermedad y del sufrimiento tuvo el Prof. Espinós una enorme fortuna, tener a su lado a su mujer M.<sup>a</sup> Teresa y a todos sus hijos, quienes con inmenso amor y delicadeza le han asistido con infinita solicitud y ternura, acompañándole como quien sólo por haber dado mucho recibe mucho, y éste es el mayor y mejor consuelo que hoy les queda porque puedo asegurar que no se puede hacer más y mejor que lo que ha significado la trayectoria del Prof. Espinós. Nosotros los amigos no lo olvidaremos porque en todo momento y en todo lugar fue dejando una huella indeleble, huella de su humanidad, bondad, generosidad, optimismo que hará que de forma impalpable siga estando con nosotros. Queridos amigos del Prof. Espinós, en mi vida profesional y académica esta es la primera vez que encuentro frente a una necrológica, en este caso de un entrañable compañero y amigo. Esto me ha supuesto un gran dolor que ha aceptado con gusto, viene en estos momentos a mi memoria las palabras con las que finalizó el sacerdote que ofició su funeral en la cripta de la Almudena, «demos gracias a Dios por la inmensa suerte que hemos tenido de conocer a Domingo y de contarnos entre sus amigos».

Lógicamente, estando en el uso de la palabra, tengo que hacer un minuto de homenaje personal a Domingo Espinós. Le conocí tardíamente pero le traté intensamente. A él acudí cuando tuve necesidad en momentos muy importantes de mi vida de conocer su opinión y sobre todo de recibir su consejo, y también acudí cuan-

do por razones académicas me interesaba la opinión y el consejo de un hombre como Domingo Espinós. Siempre y a esos requerimientos míos tanto en lo personal como académico recibí de Domingo Espinós opiniones y consejos que estaban llenos de aciertos, de comprensión, que transmitían serenidad y esperanza, porque todos ustedes estarán de acuerdo conmigo en que Domingo Espinós transmitía paz. Como universitario, como investigador, como Académico, como médico, como hombre, estuvo siempre en ese ámbito de la excelencia. Estoy absolutamente convencido de que los pacientes detrás de su profundísima sabiduría, detrás de sus conocimientos, detrás de los datos que aporta la siempre impersonal tecnología, veían el rostro de Domingo Espinós, o dicho de otro modo, veían el rostro del médico, esa relación entre el médico y el paciente que también han descrito Gregorio Marañón o Pedro Laín y que estoy absolutamente convencido, y lo digo desde la más profunda sinceridad, que es necesaria para la más rápida y mejor curación de la enfermedad.

Pues bien, M.<sup>a</sup> Teresa, debes estar absolutamente segura que el recuerdo de Domingo Espinós forma ya parte consustancial de nuestras vidas y su manera de ser, su personalidad, toda la humanidad que se desprendía de Domingo Espinós es lo que nos facilita esa tarea extraordinariamente difícil de ser un poco mejores cada día.

### **Prof. Tormo Alfonso**

La desaparición del Prof. Domingo Espinós ha tenido una tristemente y amplia repercusión, no sólo en nuestra Academia de Medicina de Valencia sino en toda la familia médica valenciana y aún a nivel social y por varias razones; Domingo Espinós era valenciano, cursó su carrera universitaria en la Facultad de Medicina de Valencia, de la que fue un brillante alumno. Nació en Alcoy y su padre fue un miembro distinguido de nuestra Academia. Anecdóticamente quiero recordar que fue uno de los Académicos que propuso mi ingreso académico. Domingo Espinós fue un hombre lleno de virtudes, y en él se hizo realidad entre otras la virtud de la amistad, la amistad tal y como la veía Domingo Espinós era una virtud llena de sentimientos, el de la benevolencia para con los defectos de sus amigos, el de la lealtad a sus afectos, el de la autenticidad sin dobleces en el carácter, y el de la gratitud cuando reci-

bía una prueba de amistad. Domingo Espinós supo hacer de la amistad un acto de servicio; una prueba de amistad me la dio cuando por motivo del reciente congreso de Reales Academias celebrado en Valencia, ante mi petición aceptó con ilusión formar parte, Vicente, me dijo, yo siempre a disposición de mi Academia.

En esta actitud se ponía además de manifiesto su espíritu académico. El Dr. Domingo Espinós hacía realidad los sentimientos académicos, los cuales confieren una especial dignidad, con su ejemplo nos recordó que la Academia significa aristocracia, entendiéndola como la reunión de hombres esforzados, respetables, respetabilidad no vinculada a ninguna, sino de servir a la sociedad. Además de ser un científico de prestigio que no vivió de espaldas a su vocación de médico, se identificó con la problemática del ejercicio actual de la medicina. Entre otros escritos, quiero referirme a lo que manifestó en una sesión científica en esta Real Academia Nacional de Medicina el 27 de marzo de 2001 y que tituló «Comentarios en tomo a la medicina que viene», y él concluía «el médico está en el centro de un círculo de mejoras, pero también en el centro de un círculo de problemas; sería un gran error que la sociedad, pensando en el beneficio sanitario de los enfermos actúe basándose y aceptando el sacrificio de los médicos, y al mismo tiempo acepte prácticas que van en contra de los normas naturales».

El Dr. Domingo Espinós aceptó la doble responsabilidad médica, la humanística y la científica, lo cual significa un doble esfuerzo, haciéndonos ver con su ejemplo que el que la rehúya debe seguir otra actividad porque nunca será un buen médico. La muerte de Domingo Espinós ha puesto a prueba nuestra resignación cristiana, posteriormente como católicos la hemos aceptado y como hombres nos hemos revelado ante la pérdida del científico destacado, del académico ilustre, pero sobre todo del hombre bueno, porque Domingo Espinós ha sido un hombre bueno cuya bondad llenaba de contenido nuestra amistad.

Descanse en paz.

### **Prof. Moya**

Yo quiero, en primer lugar, expresar mi felicitación al Prof. Díaz-Rubio por la sesión tan ajustada y equilibrada que nos ha expuesto hoy aquí. Yo quiero exponer algunas cosas que el Prof. Díaz-Rubio

no ha podido por una limitación temporal. Quiero resaltar y exponer algunas cuestiones relativas al Dr. Espinós como consecuencia de mi relación vital con él durante muchos años. Yo también le conocí muy joven y sabía el nivel que había alcanzado y tenía dos notas verdaderamente distintivas; primero, su sabiduría, el Prof. Espinós es un sabio claramente, sabía más medicina que todos nosotros juntos, yo lo había constatado en numerosas ocasiones que era una verdad universal; además, disponía de otra virtud, que sabía llevar al ánimo de los demás y transmitirles el mensaje de lo que conocía de una manera oportuna y directa no sólo a los médicos, sino al personal no médico, con lo cual, abría las puertas de las instituciones y de todas las entidades a las que él pertenecía.

Yo, en base a estas dos características que brillaban en el Prof. Espinós, en un principio lo empecé a utilizar cuando volví de Santiago, y yo entonces era Director de la Escuela de Medicina del Trabajo, a dar la Lección Inaugural del Curso; eran ya 30 ó 40??? los alumnos postgraduados y trataba de llevar allí a las Autoridades Sindicales y a las Autoridades Laborales del Ministerio. Esa hora en la que tenía contacto con las autoridades servía para promover a la Institución, más que con todas las actividades juntas de todos los profesores, puesto que conocía el significado, y lo que hacía era transmitir los conocimientos médicos aplicados al mundo del trabajo y, como consecuencia de ello, era un valedor y un impulsor de primera magnitud en este campo. Posteriormente conseguí que el Prof. Espinós, en mi época de Decano, estuviese dos periodos de cuatro años en el cargo de Vicedecano. Asumió durante largo tiempo las relaciones internacionales; asistía a todas las reuniones de Decanos de Medicina a nivel mundial y hacía unas referencias y unos informes exhaustivos a la corporación, llevándolos a las autoridades ministeriales con más o menos audiencia. Él asumió una gran participación en las reformas de los Planes de Estudio. La primera sorpresa que tuvo fue la reducción de la enseñanza teórica en las Facultades de Medicina en el segundo ciclo, e impartir la enseñanza a un tercio de lo que tenía antes, de cerca de las 600 horas que duraba la enseñanza de la Patología Médica en los tres últimos cursos, se había reducido aproximadamente a 200 y no comprendía como esto podía llevarse a la práctica, que iba a haber un deterioro en la formación de los médicos, y esto se expuso en muchos sitios, pero a la hora de la verdad él tuvo que adoptar la actitud de colaborar precisamente en la redacción de los planes de estudio con

estas limitaciones temporales tan drásticas que no tenían precedente, y gracias a su colaboración y a sus aportaciones se trató de llevar al máximo el marco legal que se había impuesto a través de los procedimientos y particularidades que lograba introducir o discretas ampliaciones. Por todo ello, la Facultad de Medicina de mi época le ha quedado enormemente agradecida como consecuencia de sus aportaciones y del impulso que ha puesto en el desarrollo de la misma. Yo quiero expresar aquí, para terminar, mi sentimiento a su mujer M. Teresa y a sus hijos, con los que yo he mantenido una buena relación a lo largo de toda la vida del Prof. Espinós y les expreso mi sentimiento por la desaparición de tan ilustre compañero y amigo.

Muchas gracias.

### **Prof. Rey Calero**

Yo podría comenzar con la frase de Neruda "puedo escribir mis versos más tristes esta noche", pero como nos ha dicho muy bien el Prof. Díaz-Rubio si el fin de las palabras es el silencio, con el silencio reflexivo de las palabras calladas vamos a lo oscuro sin consuelo con la lágrimas que son más que las palabras, que decía Ovidio.

El Prof. Espinós siempre fue un referente de rectitud, iluminador de temas difíciles y controvertidos, de la vida entendida como querer ser, voluntad de vivir y sobrevivir de Unamuno, proyectando la profunda sabiduría de los hombres de fe y de integridad moral, con los valores por los que se puede empeñar la vida, en la antología del compromiso, del «engagement» en términos de Sastre, y como decía Charles Taylor en la «Ética de la identidad».

Como miembro de esta Academia ponía y clarificaba precisiones a tantos temas debatibles y difíciles, pero realmente siempre introducía su punto de vista humano y ético, todo sapiencia es una poesía que cautiva la mente, la poesía es la sapiencia que encanta el corazón. A veces, tras una exposición, sonaba el teléfono en casa; era Domingo que recababa más información, quería leer ese discurso porque le parecía interesante, quizá recordaba un poco lo que decía García Márquez «no dejaré pasar el día de decirle a la gente que quiero, que la quiero. Si por instante Dios se olvidara de lo efímero que soy y me regalara un trozo de vida, posiblemente no podría decir todo lo que pienso, pero pensaría todo lo que digo».

Coincidí con otros Académicos en la Academia Lincei de Roma, donde participamos con diversos temas y posteriormente nos recibí con nuestras esposas Su Santidad en una visita privada. Nos impresionó el bello discurso del papa sobre la «Responsabilidad del hombre de ciencia por su amor a la verdad». Qué bien asumía esta responsabilidad, en medio de las olas de su propia historia, inmerso en la ética cristiana, apoyada en la trascendencia y en la autonomía que instituye a la persona en el núcleo de su inalienable dignidad.

Él es realmente el hombre que supo tratar de toda su infinitud, pero la infinitud aunque el hombre post-moderno no crea en ella, nos sale al paso y nos sobrecoge. Según Boff, lo religioso es un hombre infinito con una proyección infinita, y él sentía esa inmanencia y esa trascendencia, la fe como el ascua encendida, capaz de prender la llama, para hacer la luz, y «rendere amabile la verità», como dicen los italianos.

Y cuando en esta Academia lo nombró Presidente de la Comisión para estudiar el problema de la universidad española al integrarse en el marco europeo, qué bien nos expresó todo aquello. Recordemos aquello que decía Beltrán Russel «el hombre de ciencia se afana por hacer posible lo imposible, el político a veces hace imposible lo posible»; pies bien, el supo establecer perfectamente todo ese marco de libertad para la educación peculiar del ciudadano.

En fin, creo que el Prof. Reol lo ha expresado muy bien, él ha sabido prender la serenidad en todos sus actos, para abrirnos con ese misterio, con esa serenidad que abordaba las cosas y sus circunstancias; esta serenidad fue el empeño de su fuerza vital. Es hora de compartir con su esposa M.<sup>a</sup> Teresa y sus seis hijos, nuestro profundo dolor, pero sabe que al fin y al cabo, como decía el obispo de Lyon «la gloria de Dios es que la persona viva y la vida para el hombre es ver a Dios»; ya ha alcanzado esa visión y esa vida, esta es la felicidad del hombre que se encuentra con la palabra dada, con la palabra empeñada, de esa amistad con Dios, aunque suponga un sendero de cruz en el camino, no se puede llegar al alba sino por el sendero de la noche.

Lo importante pues, como decía Albert Schweitzer, «cuando nos marchemos es que dejemos una huella de amor», y él, que ha ayudado a tantos, que nos ha ayudado tanto, ha sembrado siempre ese amor y ha pasado de este país de las sombras ahora a esa brillantez intensa del sendero de la luz de las realidades eternas.

## **Prof. Poch Broto**

Después de las brillantísimas palabras que se han expresado aquí, mi aportación a la memoria del Prof. Domingo Espinós tiene que ser forzosamente humilde; pero no puedo renunciar bajo ninguna de las maneras tomar aquí la palabra delante de la familia, delante de la Academia por la profunda vinculación personal que tuve con él.

Disfruté de su amistad, una fortuna heredada de mi padre, que la gasté con alegría. El respondió a mi discurso de ingreso en esta Academia con una sabiduría profunda sobre temas que aparentemente no le concierne. Quiero aportar una realidad personal, la realidad es multiforme porque siempre necesita ser interpretada por tantas personas como son capaces de verla. Aquí todos coincidimos en la profunda bondad, en la inteligencia y en la brillantez de Domingo Espinós y naturalmente estoy absolutamente de acuerdo, era un hombre extraordinariamente brillante, muy inteligente y todos esos dones los llevaba con una profunda sencillez, y eso le confería una especial proximidad, y si tenemos en cuenta la proximidad benevolente, la proximidad cálida de unos seres con otros, es justamente la piedra millar de esas convicciones tan profundas que él tenía y que le hacían ser un médico especial. Eso en Domingo Espinós era una realidad palpable, tangible; yo fui su enfermo, lo fue toda mi familia y en este sentido era el espejo de los médicos placebos, su sola presencia alegraba la habitación del enfermo y era esa proximidad cálida de un ser humano profundamente inteligente. Si en Domingo Espinós hay algo que brilla por encima de todas las cosas es su falta de afectación, porque la inteligencia verdadera raramente necesita de afectación.

Esa proximidad, queridísima familia Espinós, todos los que estamos aquí os la ofrecemos y mantenemos, porque es el único agradecimiento postrero que podemos tener hacía él, porque después de todo él nos ha dejado lo que más quiere, que sois vosotros. Nuestra proximidad, nuestra amistad y naturalmente nuestro apoyo siempre que lo necesitéis.

Un beso muy fuerte.

## **Prof. Sánchez García**

Difícil decir algo más importante de lo que ya se ha dicho. Yo tuve una amistad muy profunda y especial con Domingo. Recién

venido yo de los Estados Unidos donde había dejado un departamento de excedencia, llegué a la Facultad de Medicina de Madrid en 1966, mis primeras oposiciones, mis primeras desilusiones. Oposiciones como las de entonces, en la Facultad tenía muchos amigos y entre ellos me hablaban de un joven valenciano, una activa y piadosa lumbrera de la joven medicina clínica, entusiasta, imaginativo, apasionado, líder de la investigación médica, opositor como yo, palabra que ahora sólo se utiliza en sentido político, nunca académico. Pronto los dos pudimos subir al vagón, probablemente el último vagón de la universidad. El lo hizo, se fue a Santiago de Compostela, y yo a Murcia y posteriormente a Valladolid. Con el tiempo los dos volvimos a Madrid, ¡quién lo hubiera dicho!, yo me marché de aquí pensando en que jamás volvería; él volvió al Hospital de San Carlos y yo a la Universidad Autónoma de Madrid, recién creada, pues entonces sólo tenía el nombre.

Nuestra amistad, si algo hizo a partir de entonces fue crecer. Domingo fue, hasta el final de sus días, hasta que se aliaron cruelmente la hematología y la farmacología y se lo llevaron, un excelente amigo, un universitario de muchísimos quilates, y sobre todo un ser humano excepcional. Gozaba de una buena dosis de talento y un especial talante que no ha todo el mundo le es dado ostentar. Caía muy bien a casi todos, yo diría que a todos. Por si fuera poco, Domingo Espinós encontró en mi tierra, en la tierra de Ávila la compañía de su vida, Teresa, y yo le decía: «Domingo, así bien se puede, te has contaminado de la austeridad castellana, sin apenas darte cuenta». Se lo decía a Teresa y a él. La meseta gris y pétreo de Ávila y la claridad mediterránea, al recuesto del azul marino valenciano lograron milagros. Así creció, con Teresa a su lado, el apasionamiento de Valencia y de Ávila, de Ávila y de Valencia, generoso con unos y otros, con sus amigos, los dos, y hasta con personas que no lo eran. Éste es un don que no todo el mundo puede ostentar.

Yo le decía, cuando le veía entrar en la Academia: «Domingo, tú eres algo más que domingo, no que no te basta un día de la semana, tú eres lunes, martes, miércoles, jueves, viernes y sábado». Me decía: «Pedro, qué cosas tienes», y sonreía bajo su boina de invierno a cuadros, con su abrigo de buen paño, bufanda y guantes, todo a juego, muy elegante, como un gran señor. Me decía: «tú si que eres abulense, sólo así puedes cumplir y andar por estos inviernos terribles de tanto frío en Madrid sin que utilices esta boina a cua-

dros, ese terno tan bonito y los guantes», y siempre sonreía con esa sonrisa abierta de la que en mi tierra los campesinos dicen «la sonrisa es la distancia más corta entre dos personas»; en nuestro caso, así era. Como siempre hoy, Domingo, si nos oyes, nos haces falta con una profundidad sin fondo, todos lo que escuchan, que son muchos, lo saben y creo que lo comparten conmigo.

Pero debo terminar y termino: a Teresa y a sus hijos, quiero decirles, como hacen los hombres y mujeres de mi pueblucho, que tengan fe y esperanza, y yo sé que ellos la tienen en grandes dosis y, sobre todo, que tengan salud para encomendarle a Dios a cuyo lado, yo estoy seguro, que está descansando en paz.

Muchas gracias.

### **Prof. Rodríguez Rodríguez**

Diversas vivencias emergen en el lenguaje que tenemos con nosotros mismos, con nuestro cerebro que sólo muestran la mismidad entre nosotros mismos y Domingo Espinós. Y lo digo después de esos estímulos tan interactivos, pero tan diversos, tan magníficos que nos ha dado el Prof. Díaz-Rubio al glosar a nuestro buen amigo, el Prof. Espinós Pérez.

Voy a marcar unas diferencias, igual que decía nuestro amigo el Presidente de Honor, son vivencias y convivencias, cuando viví y conviví con él al menos cinco años, no sólo yo, sino personas que han sido muy reconocidas como Luis García San Miguel, que fue Decano de Alcalá de Henares, José Luis Moralejos, Catedrático de Latín, Rafael Puyol, Catedrático de Geografía Demográfica y Económica, José M.<sup>a</sup> Gontra, Catedrático de Derecho Administrativo. Había una gran diversidad, pero allí lo que primaba naturalmente era un colegio mayor sólo de licenciados, y lo que primaba eran los opositores de entonces, y salieron muchos que fueron notarios, como Ángel Marqués, notario en Madrid; Victorio Magariños, notario en Sevilla, y otros muchos que no voy a recordar más ahora. En esa diversidad había un nexo común, que todos estábamos en paz y en buena armonía con Domingo Espinós, que estaba allí. Éramos los distintos, inclusive, muy de tarde en tarde, llegaba una señorita, que era Mari Tere y ella recordará un viejo coche, un Renault de aquella época donde venían y marchaban a trabajar tan ricamente. Todavía no estaba la familia, que luego he recordado, mimado y ad-

mirado con su querido padre. Pero había personas muy diversas, como Francisco Simón, que es Catedrático de Historia y tuvo que esperar porque Ullastres siempre estaba en activo pasivo, pero era el ministro de turno y no tenía acceso Paco Simón, pero éramos distintos, y allí estaba Pedro Solbes Mira, y recuerden el año porque, fíjense, él realmente vivía en General Mola, 2 de Alicante, y las cosas han cambiado mucho. Estaba el que después sería embajador, Tomás Solís, y José Luis Fernández Trespalacios, Catedrático de Psicología.

Pero nosotros, vuelvo a decir, teníamos otros proyectos, aquellos médicos que estábamos allí, que éramos muy pocos porque no era la tribu de los opositores; en aquel cuadro nosotros teníamos un proyecto coincidente, teníamos que dar asistencia médica, porque si no era nuestra praxis, no éramos nadie, y eso nos ocupaba muchas horas de hospital, y además, como se ha dicho aquí, teníamos que estudiar e investigar, teníamos que saber y teníamos un proyecto común de investigación, teníamos que emerger a mandar, mostrar lo que nosotros llevábamos dentro, y además de dirigir teníamos que enseñar, y claro, eso no lo podíamos hacer mientras que veíamos a los enfermos, y por eso, Domingo, tan enjuto como siempre, por las noches se ponía una manta, una especie de capote, y así pasábamos el invierno y el verano por la noche, porque entonces, aunque era un buen colegio mayor, no teníamos la calefacción que me está abrasando ahora mismo a mi derecha. Así pasábamos las noches para preparar las clases que el Prof. Gilsanz «colocaba» al día siguiente.

Había otros distintos, como Francisco Velasco de Pedro, que luego sería Director de Investigación en el Centro Superior de Investigaciones Biológicas, y cómo no, grandes personalidades como Salustiano del Campo, hoy día Presidente del Instituto de España, y algún Catedrático como Muñoz que después se iría a Oviedo, etc..., o Rafael Martínez Cuadrado, Catedrático de Derecho en Madrid, o algún político que todos conocemos, como Juan Hortalá, el economista de Barcelona y Manuel Velarde, y muchos más. Es decir, había una gran diversidad y había un hombre de nexos común, un hombre bueno que tenía un proyecto coincidente con alguno de nosotros, y ése era Domingo Espinós. Nadie se enfadaba con Domingo, todo el mundo acudía a ver qué decía Domingo. Yo creo que el marco de mayor envidia de un hombre es precisamente la felicidad, pero, tal como se ha dicho aquí, esa jerarquía en Domingo

estaba en la afectividad en los demás y su familia era prioritaria. No era esclavo de la voluntad, él principalmente tenía una inteligencia creadora; por eso, Mari Tere, comprenderás que a veces no había tanto orden como se necesitaba para algunas cosas en algún momento determinado. Pero ese proyecto docente, ese deseo no moría en el momento, no era cinegético, era un deseo sin fin, y como casi todos los deseos sin fin tenía un problema, como diría Kenneth Jergen, de la UCLA, en *La Joya*, que dice que en Estados Unidos la mayor adicción a cosas son la gimnasia, la religión, la comida, el trabajo y la vida sexual. Bueno, pues Domingo Espinós tenía un proyecto, un deseo, que seguíamos, que hacíamos lo mismo, pero tenía una adicción y era el trabajo, era un verdadero adicto al trabajo, como algunos otros que no sabíamos vivir sin él.

Había más, y no dejo de olvidar a Carlos y a su hermano Luis Perezagua, que hoy está en el CNMV, o Andrés Suárez, que también ha sido Decano, y podría citar muchos, pero en esa diversidad, vuelvo a repetir, sólo había una persona común, una persona idéntica, una persona de verdad, y esa persona era Domingo Espinós. Hemos coincidido muchas veces y sólo nos preguntábamos de cosas concretas, de algunos de nuestros hijos, de qué debía de haber cuando había firmado o no firmado la Secretaría de esta Academia, cuando me dijo que él se quedaba fuera que después volvería a entrar y que le dijera el resultado de la votación para la vicepresidencia. Me dijo tantas cosas que se me olvidaría decir que últimamente lo que hacía era escribir, decía que su padre le había dicho que escribiera. Yo fui a Valencia una vez porque el me dijo que había leído su padre unas cosas mías y qué pensaba sobre una cosa que tenía, le dije que dentro de unos días voy a Valencia y veo a tu padre y él me dijo textualmente «¿cómo vas a hacer eso?». Y yo le dije que tenía un tribunal de tesis, etc...

Nuestra unión era afectiva y de entera entrega sin ninguna cortapisa, sin ninguna consideración hacia algo común, sino hacia nuestra común forma de ser. Ese proyecto coincidente digamos que en este momento tiene un jirón, tiene una solución de continuidad, no sangra porque esa oquedad la cubre, la cubre, como se ha dicho aquí, el saber que tiene una familia y sobre todo saber que hemos podido ser muy felices con el.

Muchas gracias.

## **Prof. Domínguez Carmona**

He perdido, hemos perdido todos, a un amigo, a un compañero de quien aprendíamos y en quien nos apoyábamos, un hombre que formó una familia en la que depositó su cariño, un hombre que buceaba para sacar del fondo la verdad y la esperanza, un hombre quien constantemente tejía con delicadeza el cañamazo de la fraternidad. Un hombre que era médico, y más meritorio y raro, que ejercía como tal; quien a su ciencia unía caridad y a quien a Dios adoraba y a quien Dios quería y quiere. Un hombre indivisible, el Prof. Espinós Pérez, para quien la muerte era el umbral de la vida eterna, cruzar la puerta tras la cual se escondía todo lo que el buscaba.

Con mi pesar, pero también con mi felicitación, un abrazo fraternal a M.<sup>a</sup> Teresa, su esposa, a sus hijos, nietos y hermanos.

## **Prof. Portugal Álvarez**

Voy a cambiar el sentido de mi intervención que traía preparada como un recuerdo emocionado a un viejo amigo, para incidir en algo que ha tocado el Prof. Díaz-Rubio en su magnífico discurso, y que también han hecho el Prof. Durán y el Prof. Rey Calero, y que me parece que es importante y sobre todo es pertinente. Esta sesión necrológica la estamos celebrando en el seno de la Real Academia Nacional de Medicina, me refiero a la actividad económica del Prof. Espinós, a su actividad como Académico en esta Corporación. Me refiero no tanto a sus intervenciones en sesiones programadas o convenidas que en los 20 años que ha sido Académico han sido muy numerosas e importantes, sino a las intervenciones espontáneas, ocasionales que hacía a las comunicaciones que se presentaban aquí todos los martes.

Si se revisan los anales que publica esta Corporación de los últimos años, se pone de manifiesto que el Prof. Espinós era, si no el que más, uno de los que más hacían intervenciones en los debates de las comunicaciones de los martes. Lo hacía siguiendo los dos cauces que han dominado su vida y su conducta intelectual, enseñando y aprendiendo; unas veces aportando conocimientos y saberes, con los cuales las comunicaciones se ensanchaban, se completaban, se hacían más ricas, y otras veces haciendo preguntas

inteligentes, adecuadas y oportunas que generaban, por regla general, respuestas de las mismas categorías, pero que otras veces dejaban en el aire la inquietud y la sugerencia, es decir, enseñando y aprendiendo. Porque Domingo Espinós fue un hombre que sabía y quería saber, este podría ser un buen epitafio de esta Academia, que por lo menos yo lo guardo en mi memoria.

Muchas gracias.

### **Prof. Segovia de Arana**

Es tanto lo que el Prof. Espinós tenía, tantas virtudes, tantos aspectos positivos que estaríamos hablando y hablando sin repetirnos, y yo querría decir muchas cosas, pero realmente el tiempo me impide ser extenso. Solamente quiero recordar como todos somos artífices de nuestra propia vida, somos como decía Ramón y Cajal, arquitectos de nuestro cerebro, Hacemos de nuestra vida lo que hemos ido eligiendo dentro de las circunstancias y Domingo Espinós es un buen ejemplo de esta forzosa y tenaz voluntad de hacerse a sí mismo.

Yo, humildemente, he sido un poco circunstancial de lo que él ha podido ser, y recuerdo una anécdota que refleja un poco la manera de ser de Domingo Espinós, yo estaba pasando visita en la cátedra del Prof. Gilsanz, yo era profesor adjunto e íbamos pasando de cama en cama rodeados de alumnos y de algunos médicos, y recuerdo que ví un día a un hombre con un gabardina en la mano que iba siguiendo esta visita y que luego desapareció, reapareciendo al cabo de 8 ó 10 días, y me dijo, soy Domingo Espinós, vengo de Valencia y quisiera estad con usted dentro de su servicio. Aquello me llenó de una gran satisfacción y allí empezó una profunda y prolongada amistad y yo me he sentido en gran parte partícipe de lo que a Domingo Espinós le ocurría.

Yo era profesor adjunto y cuando ya era catedrático en Santiago de Compostela, él ocupó la plaza de profesor adjunto que yo dejé en la cátedra del Prof. Gilsanz. Posteriormente, en 1964 cuando volví a Madrid y empecé a organizar la Clínica Puerta de Hierro le llamé para ver si quería colaborar en este proyecto y estuvimos comentando los dos que era mejor que él siguiera la carrera universitaria, que era su vocación. Fue un acierto porque fue Catedrático en Santiago de Compostela y luego en Madrid, nada menos que de la cá-

tedra del Prof. Jiménez Díaz. Pero dentro de este criterio, de esta colaboración que se plasmó en diferentes publicaciones, y yo recuerdo uno con mucha satisfacción, que era síndrome adrenogenital, que lo hicimos conjuntamente, el síndrome de la regeneración hepatolenticular, y muchas otras más; fue un gran mérito por parte de Domingo Espinós y mía, hubo una carrera de amistad que fue realmente importante.

Pero yo diría que dentro de las cosas buenas que Domingo Espinós tenía, había una en la cual de alguna manera circunstancial intervine, acaso lo más positivo, y es que en el servicio donde él estaba formándose conoció a su mujer M. Teresa.

Muchas gracias.

### **Prof. Robledo Aguilar**

Pienso que el Prof. Díaz-Rubio ha expuesto magníficamente todo lo que era Domingo, sus diferentes facetas y yo no quería insistir en todo lo que él ha dicho. Únicamente pienso que debo intervenir porque decir unas palabras que brotan de la íntima amistad que yo he tenido con Domingo durante no muchos años. Conocí a Domingo Espinós en Santiago de Compostela; yo llevaba ya varios años, provenía también de Madrid, me había situado, estaba en la pelea ordinaria del desarrollo de una cátedra y un día, creo que en 1971, llegó a la Facultad de Medicina un nuevo catedrático de Patología General y después de Patología Médica. En Santiago estábamos acostumbrados al trasiego de los profesores que llegaban, que duraban muy poco tiempo, que emigraban a otros sitios, y enseguida que llegaban se les enjuiciaban muy detenidamente. Domingo llegó y convenció enseguida, de manera que todo el mundo, sus alumnos, el claustro y sus compañeros se dieron cuenta de que era un hombre excepcional y hacían todo lo posible para que aquella persona se quedase en la Facultad de Medicina. No fue así, de manera que a los pocos años, nos dejó con un mérito extraordinario, al haber conseguido una segunda cátedra, la del Prof. Jiménez Díaz en Madrid.

Nos separamos, pasaron unos años, y en 1981 yo por concurso de méritos obtuve una cátedra en la Facultad de Medicina y nos volvimos a encontrar. Allí volvimos a reconocernos, a abrir nuestra amistad que había quedado interrumpida en los años de Santiago.

En todo este trasiego de Santiago y de Madrid hasta su muerte ¿qué destacaría yo personalmente? El Prof. Díaz-Rubio ya ha dicho las condiciones que tenía como humano y científico. Domingo era un hombre bueno y humano, un hombre investigador, inteligente, etc..., pero ha quedado claro que Domingo era un hombre excepcionalmente bueno y humano con sus pacientes y sus compañeros.

Como médico también se ha dicho lo excepcional que era delante de sus pacientes; a mí me recordaba a los grandes clínicos que siempre ha tenido la Facultad de Medicina y el Hospital Clínico. Su manera de hacer medicina clínica, pronta al diálogo con el paciente, observar los detalles más mínimos. Era distinta su manera de ver a los pacientes, y lo digo porque he sido paciente suyo varias veces y sé como ejercía su medicina. Como docente, también se ha dicho que era un docente excepcional, tengo que decir que se le echó mucho de menos cuando dejó Santiago; estaba nervioso porque pensaba que Madrid no salía y sabía que su situación allí era temporal. Allí dejó un gran vacío, fue una gran pena para todos que se marchara por su capacidad docente, por su manera de ser.

Por último, yo destacaría de Domingo que era un hombre bueno, humano y buen cristiano; los que lo conocíamos íntimamente sabíamos que era así. En los últimos años en nuestras conversaciones la creencia en el más allá se había acrecentado; él era cristiano y lo expresaba en público. Supongo que el Señor lo tendrá entre los suyos. Descanse en paz.

### **Prof. Tamames Escobar**

Quiero dejar constancia de mi modesta aportación a esta semblanza de homenaje y admiración a la memoria de Domingo Espinós. El Prof. Díaz-Rubio ha hecho una semblanza inmejorable donde se contraponen dos aspectos totalmente distintos; uno de ellos, dinamismo, la actividad, toda su proyección científica en Madrid y Santiago, que supone una lucha muy importante, y frente ello la paz, la tranquilidad, el hombre bueno, el hombre que vive con su familia, el hombre sencillo, el hombre cristiano.

Yo de él recuerdo que siempre me tuvo en una situación que siempre agradecí; confiaba en mi actuación profesional siempre con una confianza absoluta. Por otra parte, su vida ha sido una vida paralela, nos hemos quedado, nos hemos ido, él a Santiago de Com-

postela, yo a Salamanca, volvimos a Madrid con muchas dificultades de distinto tipo; sufrió problemas con su cátedra. Es una cosa curiosa el tener una idea del Hospital Clínico, recuerdo cuando publicó «Réquiem por un hospital» en el *ABC* donde reflejaba una serie de aspectos que pensaba y yo le felicité por ello. Todos tuvimos el deseo de que superar el problema que tuvo al final, unida a la fe inquebrantable de M.<sup>a</sup> Teresa y sus hijos, que concebían a algunos ilusiones, esperanzas de que todo se arreglara, pero desafortunadamente no pudo ser así.

Quiero dar el pésame a su familia y al mismo tiempo que tengan la seguridad de que yo en todo este agradecimiento afectivo que tenemos con Domingo Espinós, contéis conmigo siempre.

### **Prof. Escudero Fernández**

En primer lugar, quiero felicitar al Prof. Díaz-Rubio por su magnífico discurso y ya se ha dicho casi todo lo que yo iba a decir sobre el Prof. Espinós, pero hay una cosa que no se ha dicho y que yo he tenido el privilegio de tener. He ayudado a traer al mundo a casi todos sus hijos y a todos sus nietos, el último está en camino y será el primero que lleve como primer apellido Espinós, ya que es el hijo de su hijo Juan.

He sido amigo íntimo suyo más de 35 años; hemos vivido vidas universitarias paralelas, él en Santiago de Compostela y yo en Valladolid. Luego los dos volvimos a Madrid con una gran responsabilidad de sustituir en la cátedra él al Prof. Jiménez Díaz y yo al Prof. Botella. Domingo Espinós ha sido un gran esposo, un gran padre, un gran abuelo; recuerdo la satisfacción de cómo gozaba viendo a sus primeas nietas gemelas, a las que cariñosamente llamaba las porcelanitas, y que estáis ahí., que grande era vuestro abuelo. Siempre fue poseedor de tremenda humanidad, que amaba y comprendía a todos sus semejantes; era tolerante y comprensivo con los cambios generacionales y siempre estaba al lado de la juventud; por eso, como ya se ha dicho aquí, era un referente para sus alumnos que le admiraban y le querían mucho, al igual que su familia, sus amigos y colaboradores. Todos saben cómo se portado en los 8 ó 9 meses de agonía que ha tenido.

En otro nivel quiero recordar a Domingo Espinós como médico, porque yo fui su paciente y solamente los que hemos sido pa-

cientes de Domingo Espinós podemos saber que todo lo que han dicho ustedes es una auténtica realidad. A M. Teresa y a sus hijos el entrañable cariño de siempre. Hemos perdido un gran hombre, un gran esposo, un gran padre, un gran abuelo, un gran amigo, un gran médico. Descanse en paz.

### **Prof. Lucas Tomás**

En Ávila me presentó M.<sup>a</sup> Teresa al Prof. Espinós en el año 1961; para mí Domingo Espinós era el marido de la Jiménez Sierra, si esto sirve para relajar un poco, y es que ustedes no saben lo importante que es haber nacido en Ávila, y ya todo lo demás lo han dicho mis compañeros.

### **Prof. García-Conde**

Hace aproximadamente 50 años, una mañana de comienzo de curso me llamó Miguel Carmena, a la sazón titular de la Cátedra de Patología General, para decirme: «Mañana iré a verte un alumno de Patología General que quiere trabajar en el servicio»; esa mañana, Domingo Espinós, que tendría 19 años, se presentó ante mí y empezó a trabajar al lado nuestro hasta el término de su carrera, cuatro años después. Evidentemente, habría que hablar en primer lugar de su aspecto hereditario, genético, ya que su abuelo también fue médico en Alcoy. También hay otro aspecto: su capacidad de estudio, de trabajo, de curiosidad, de interés, su capacidad clínica para dedicarse al enfermo con las dos actitudes: tener el conocimiento de la acción clínica y el estilo humano.

Luego vino una segunda fase, su venida a Madrid cuando él decidió dos cosas: primero, ser internista general cuando es obligado a desempeñar cualquier actividad, y entonces se dedicó a la hematología. Quiero señalar algunos internistas que dedicaron su atención a la hematología y que son los siguientes: D. Fernando Enríquez de Salamanca y Danvila, nuestro profesor de Patología Médica que publicó allá por los años 20, cuando nosotros iniciábamos nuestra carrera, un *Tratado de Patología Hemática*; también el magnífico libro donde se recogían las lecciones de Jiménez Díaz sobre hematología y, naturalmente, también el aspecto morfológico que aportó al desa-

rrollo de la hematología Fernando Jiménez de Asuba y últimamente otro Catedrático de Medicina Interna que ha dirigido un libro de hematología con una serie de sus colaboradores.

Pero quiero señalar otra cosa: el día que yo vine aquí para la elección del sustituto del Prof. Botella e invitado por el Prof. Díaz-Rubio para que acudiera a los 70 años de la Sociedad del Aparato Digestivo, en la cual ingresé en 1940. Llegué inquieto a Madrid, y Domingo Espinós, que tanto me conocía, tuvo la amabilidad de decir: «hoy cumple el Prof. García-Conde 90 años y estará deseando ver a su familia». Domingo me dijo que me llevaba al aeropuerto y al despedimos fue la última vez que le vi y a la mañana siguiente me llamó para ver si había llegado bien. Siempre tuvo mucho respeto hacia mí.

Después del terrible accidente y desde el primer momento comprendimos las dificultades que aquel hombre iba a tener y no esperábamos ninguna cosa favorable; pero un día yo estaba pesimista y dije: «Esto no es justo». Las Academias celebran estos actos necrológicos que tienen, a mi juicio, porque indudablemente constituyen un recuerdo singular para las personas que desaparecen de entre nosotros, es un asunto de amistad, de recuerdo. El Prof. Espinós fue discípulo mío cuando tenía 19 años y le he visto partir. Pero quiero decir a M.<sup>a</sup> Teresa ¿cuántas palabras has oído esta noche? Son palabras auténticas, dedicadas a la verdad, pero lo que yo impongo esta noche es recuerdo.

### **Prof. Jiménez Collado**

Poco puedo ya decir. Permítanme dos breves instantes porque deseo sumarme a este acto entrañable. No puedo, no quiero renunciar. A la tarde se nos examinará en el amor, decía San Juan de la Cruz. Hoy, ahora, en ese tiempo infinito de la eternidad, más allá de las estrellas, mi querido amigo, estarás disfrutando de este acto, pues sólo palabras de amoroso recuerdo brotan de nuestros corazones. Hemos convivido muchos años, dentro y fuera del mundo universitario, asistencial e incluso administrativo, tú que fuiste hacedor de ilusiones en una tentativa de superar la distancia del lenguaje ante los hechos solías decimos: no sé, pero lo cierto es que disfruto mucho contemplando cómo es la vida. Por ello, tal vez, asumías que el acto médico no podía ser sólo un acto de referencia a la vida, sino una emanación de la vida misma, fruto del es-

fuerzo de un ir hacia la luz, hacia la esencia íntima de la vida. Nos recuerdan las Sagradas Escrituras que el que mira al viento no siembra, el que mira a las nubes no cosecha, la vida es una vocación, una aventura, una labor a realizar.

No vale pasar por este mundo sin dejar una huella de amor y de generosidad; con una vitalidad desbordante, con un empeño ejemplar, con una fuerza de voluntad fuera de lo común, fuiste desgranando una hermosa sintonía en la que vibraron compromisos de amor, firmes voces de responsabilidad, notas íntimas y constantes de cuidado familiar. Para muchos mantener la estabilidad por encima de días felices y días tristes, de cumplir fielmente los compromisos contraídos, de vivir intensamente las tareas diarias, es simple rutina. Para Domingo Espinós era finalidad, y deber, y valor. Domingo Espinós fue generoso en la prosperidad y agradecido en la adversidad. Se ganó el cariño y la confianza de los que le rodearon y miró siempre de frente sin tener que dar un paso atrás. Alumbró al igual que una llama que seguirá siempre brillando en el corazón de quienes le conocimos y de quien orgullosamente fuimos y nos sentimos honrados de ser sus amigos.

Descansa, amigo, en la paz del Señor.

### **Prof. Sanz Esponera**

En esta sesión que dedicamos a la memoria del Prof. Espinós cuyo recuerdo ha de permanecer imborrable en nuestra memoria, no quiero que falten unas palabras, modestas como las mías, pero sentidas y llenas de afecto, hacia este hombre que ha tenido una valía indiscutible tanto en su trayectoria académica como humana.

Nada nuevo puedo añadir en relación con su labor científica y a su vida de trabajo, que lo que de forma tan magistral nos ha presentado el Prof. Díaz Rubio y los académicos que me han precedido en el uso de la palabra, sin embargo, dado que hace muchos años que conocí al Prof. Espinós, con el que me unía una amistad sincera, amistad que heredamos de la que tenían nuestros padres, médicos de la Sanidad Nacional, quiero dar testimonio público de mi respeto y admiración por el Universitario cabal y hombre sin tacha que fue el Prof. Espinós.

En la sesión científica de 27 de marzo de 2001, su conferencia versó sobre «Comentarios en tomo a la Medicina que viene», en la

que nos mostraba cómo el panorama del siglo XXI se nos presenta científicamente alentador, pero al mismo tiempo revolucionario. De forma que plantea como un peligro real la deshumanización de la Medicina debido al aumento de la tecnología y a la pérdida de protagonismo del médico como persona.

En los tiempos de cambios que nos ha tocado vivir el Prof. Espinós no renunció nunca a su responsabilidad como Catedrático, como maestro, fundando una escuela donde cabían todas las especialidades Médicas, promoviendo la renovación del plan de estudios de nuestra Facultad y haciendo importantes contribuciones científicas en el campo de Hematología.

Fue Director Médico del Hospital Clínico desde septiembre de 1976 a enero de 1980, contribuyendo de forma importante a que nuestra Hospital fuese un centro científico, docente y asistencial profundamente arraigado en nuestra sociedad y con una fuerte tradición en la Medicina Española.

Quiero terminar haciendo patente mi testimonio de condolencia a su mujer y a sus hijos, que han sido claro ejemplo de fe cristiana y espíritu de sacrificio, y estoy seguro de que en esta última etapa de Domingo Espinós, Dios no niega la ayuda a quien sabe merecerla.

Gracias.

## **Prof. Reinoso**

Sr. Presidente:

Sólo unas breves palabras en homenaje y recuerdo de nuestro amigo y compañero Domingo Espinós. He pensado que lo mejor es leer la dedicatoria que hice con motivo de mi conferencia en la reunión conjunta de las Academias de Medicina y Farmacia.

Entonces dije: «Quiero dedicar mi intervención en esta Sesión Científica Interacadémica de las Reales Academias de Medicina y Farmacia a la Memoria del recientemente fallecido Académico de Número de ambas Academias, y Vicepresidente de la de Medicina, Profesor Domingo Espinós Pérez. Deseo, así, honrar a este gran amigo, excepcional persona, caballero, profesor universitario, profesional médico y destacado Académico, que hoy disfrutaría con esta reunión y al que todos echamos de menos. Estoy seguro que nos mira con simpatía y cariño desde allí arriba donde su felicidad será eterna.»

Hoy quisiera sólo añadir que lo echaremos de menos, no únicamente por su labor en esta casa, si no en otras muchas actividades científicas y universitarias en la sociedad española, pues hemos perdido a un hombre que con enorme rigor y constancia sabía juzgar y defender con delicada firmeza la verdad y la libertad con una generosa elegancia poco común.

Sigo estando seguro de esa su felicidad eterna y únicamente me queda unirme, una vez más, al sentimiento y paz de esa gran mujer que es María Teresa y de sus hijos.

Gracias.

## **PALABRAS FINALES DEL PRESIDENTE**

Querida familia Espinós: ha sido un magnífico padre, gran amigo, gran doctor, gran docente, gran investigador de alto nivel. Esta Academia ha manifestado unánimemente el dolor por su pérdida, ha manifestado cómo notamos su ausencia en cada una de las sesiones ordinarias y extraordinarias, en donde era muy raro que no levantara la voz, donde decía cosas siempre de gran interés. Estará presente en nuestro cerebro y en nuestro corazón de forma permanente en esta institución académica. Es muy cierto que tenía un alto nivel como clínico, alto nivel como maestro, magnífico investigador de todas esas cuestiones que a él le interesaron.

Ejerció bipolarmente la medicina, un médico internista singular, tremendo y un hematólogo excepcional. Voy a insistir en una cosa: llegué por traslado al Hospital Clínico y me encontré a un excepcional Director del Hospital Clínico, llevó todo aquello, a pesar de todas las mareas, muchas de ellas indignas, que gravitaron sobre la persona y el alma del Prof. Espinós. Los más allegados a él compartieron lágrimas y dolor por situaciones injustas. Sepa el Prof. Espinós que reconocemos su gran lucha por mantener disciplina, criterios académicos, criterios universitarios frente a modas, frente a opiniones y a otras directrices. Cuando estamos glosando la belleza académica magnífica, cristiana, magistral del Prof. Espinós, debemos omitir ciertos recuerdos que le hicieron mucho daño. Sufrió muchísimo como Director del Hospital Clínico y siguió aguantando. Le he oído muchas veces quejarse de cosas que eran totalmente injustas.

La principal virtud que ha tenido, la que tenemos que agrade-

cer todos es la defensa a ultranza contra viento y marea de lo que era criterio académico, criterio universitario. Para mí eso es decir todo, eso en Domingo Espinós es superior, es como una cúpula que va por encima de todo lo que podemos decir sobre su currículum, sus trabajos, sus investigaciones. Sólo comparable a lo que me consta ha sido su carácter familiar, cuántos son y cómo son sus hijos. Ser felices con el recuerdo de vuestro padre, fue un gran hombre, un gran académico, un gran maestro, un gran clínico.

Voy a recordarles que además de todo esto, que ya es bastante, que con él y gracias a él formé parte de un consejo que enjuicia los milagros de la Virgen de Lourdes. Le vi defender con un criterio cristiano, con un extraordinario criterio médico y científico lo que de milagros tenían alguna de las situaciones que se planteaban.

Como Presidente de esta Real Academia Nacional de Medicina, creo que ha sido, desde que ingresó, el hombre que más veces ha intervenido en ponencias concretas y en intervenciones de otros académicos. Sin duda hemos perdido un gran académico, la vida es así; lo mejor que el hombre puede tener es el estudio, la investigación, la reflexión, la opinión, los criterios.

Familia del Prof. Espinós, en la manera en que he saludado a M.<sup>a</sup> Teresa, te habrás podido dar cuenta del gran afecto que en mí nació hace muchos años al conocer a Domingo Espinós. En el Hospital Clínico trabajamos como adjuntos en la planta sótano que nos habilitaron, él como ayudante del Prof Gilsanz y yo como ayudante del Prof. Enríquez de Salamanca, y desde entonces nació una muy sincera amistad, un verdadero cariño entre colegas que ha sido sustancial, en mi manera incluso de pensar en algunas ocasiones.

Habéis tenido un gran familiar, sed felices con ese recuerdo.

Se levanta la sesión.